

Agua viva
Juan 4:4-26

Queridos amigos en Cristo:

Su nombre podría haber sido Raquel. Los actores de la historia de hoy vivían en un pequeño pueblo rural. Y si has vivido en un pueblito así, sabes cómo es. Conoces a todo el mundo; sabes lo que hacen y cómo son. Comes en los mismos restaurantes, vas a los mismos lugares para divertirte. Muchos de ustedes que viven en la ciudad, podrían pensar que sería lindo vivir en un pueblo pintoresco así. Y a veces lo es.

Pero pueblos pequeños como ese, tienen mala fama porque todo se sabe. Todos saben casi todo de ti. Y si de pronto te pasa algo, todo el pueblo se entera, todo el pueblo habla de ello.

Siempre hay un lugar donde todo el mundo se reúne para hablar de cosas así... Tal vez sea donde compran, o donde comen o beben. Pero en pequeños pueblos agrícolas como ese, hablan.

En este pueblo, hablaban de Raquel. La primera vez que se involucró con un hombre mayor, y muchos en el pueblo se sorprendieron. La segunda vez, fue con un hombre de mala fama. Y comenzaron los susurros. En los lugares donde comían y donde se reunían, la gente empezaba a hablar de Raquel.

Pero fue la tercera vez cuando le dieron un apodo: "Destruidora de hogares." Se involucró con un hombre casado y terminó mal. Los pueblos pequeños no olvidan cosas así. Ahora, cuando Raquel pasó, los susurros ya no eran tan silenciosos. Ella era una mujer de "esas." Y los chismes aumentaron.

Con el tiempo, esa relación terminó en desastre también, y Raquel pasó a tener otras relaciones más vacías. Ahora estaba viviendo con un chico que no parecía tener mucho potencial, pero mejor que el último.

Pensó que todo el chisme en la ciudad no le molestaba. Se dijo a sí misma y a cualquiera que quisiera escucharla que el chisme no le molestaba. Pero sí, le molestaba. Dejó de ir a los lugares donde se reunían y hablaban. ¿Por qué darles más material? Se retiró de la vida en ese pequeño pueblo, soñando con el día en que pudiera salir de ese lugar. Y se preguntaba por qué la vida parecía tan vacía.

Un día fue al lugar donde todos se reunían, pero se aseguró de ir cuando no había nadie. Todas las damas vinieron a hablar y chismear alrededor de las 6:00 pm. Raquel recogió sus cosas y se fue al mediodía. No habría nadie allí, y mucho mejor. Al menos no tendría que aguantar las miradas...

Llegó allí y se encontró con un desconocido. Alguien nuevo en el pueblo. Se notaba que era nuevo, porque no apartó la vista cuando apareció. Él la miró fijamente y le dijo: "**Dame de beber.**"

Este hombre era diferente. No le importaba que la sociedad le dijera que no hablara con nadie de su nacionalidad. No le importaba que los chismosos de esta ciudad le dijeran que se mantuviera alejado de ella. Era diferente.

Y dijo algo que llamó su atención. Dijo: "**Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás.**"

Tocó algo con esas palabras. De pie junto al pozo, Raquel pensó en todo lo que había sucedido allí. Este era el lugar donde todas las mujeres se reunían para hablar cada tarde... para hablar de ella. Este era el lugar al que ella tenía que seguir llegando, tenía que soportar las miradas. Este era un lugar al que quisiera nunca volver más.

"Señor, dame de esa agua, para que yo no tenga sed ni venga aquí a sacarla"

¹⁶ Jesús le dijo: «Ve a llamar a tu marido, y luego vuelve acá.» ¹⁷ La mujer le dijo: «No tengo marido.» Jesús le dijo: «Haces bien en decir que no tienes marido, ¹⁸ porque ya has tenido cinco maridos, y el que ahora tienes no es tu marido. Esto que has dicho es verdad.»

¡Ay! Eso tenía que doler, ¿no? ¿Por qué haría esto Jesús? ¿Por qué tenía que ser como el resto de la gente de este pueblito? ¿Cómo pudo Jesús ser tan poco amoroso?

Amigos míos, a veces tienes que lastimar a alguien que amas, para recuperarlo. Puede ser tan simple como usar una aguja para extraer una astilla del dedo de su hijo. Puede ser tan complejo como enfrentarse a la adicción de un ser querido. Pero a veces, tenemos que lastimar a los que amamos, para recuperarlos.

Eso es lo que Jesús hizo con esta mujer. Necesitaba que ella viera lo que la separaba de Dios. Necesitaba que ella viera qué era lo que estaba dejando su vida insatisfecha. Y así, rápidamente, fue directo al hueso, directo al corazón de su problema: encontró la única cosa que ella no podía arreglar por sí misma y se centró en ello.

Él hace lo mismo contigo y conmigo. No nos deja pensar que somos muy buenas personas. No nos deja darnos palmaditas en la espalda. Nos enfrenta. Cuando leemos la Palabra de Dios, también nos hiere hasta los huesos. Nos muestra lo lejos que nos quedamos como padres, cónyuges, hijos o solteros. Él señala nuestros pecados. Y él dice, ¿qué vas a hacer con eso? Ve a llamar a tu marido... Eso duele...

Eso me recuerda algo que leí y que nunca he olvidado. Historia real. Había una familia que vivía a orillas de un pequeño estanque en la cabecera de un arroyo en Florida, no lejos del Golfo de México. A su hijo Michael, de 12 años, le encantaba bucear en el estanque de dos acres. Y una noche, al atardecer, Michael y sus dos primas salieron a bucear.

No se dieron cuenta de que un enorme caimán se abalanzaba sobre ellos. Los vecinos vieron a la bestia y trataron de distraerla con gritos y aplausos. Sus dos primas llegaron a tierra salvas. Pero Michael tenía la cabeza bajo el agua y no oyó nada mientras flotaba tranquilamente, mirando el fondo del arroyo.

El caimán se abalanzó sobre la cabeza de Michael. Cuando sus mandíbulas se cerraron bruscamente, sus dientes le cortaron una herida de seis pulgadas en el cuero cabelludo y le arrancaron la máscara de snorkel de la cara. Cuando el caimán abrió la boca para volver a agarrarse, la cabeza de Michael se soltó y comenzó a nadar hacia la orilla tan rápido como pudo. El caimán se desvió momentáneamente, tal vez por la máscara, pero luego vio al niño y lo persiguió de nuevo. En ese momento, su madre había escuchado todos los gritos y corrió a la orilla del agua, donde vio a su hijo a 20 pies de distancia en una carrera contra la muerte. Nadaba lo más rápido que podía, pero el caimán le ganaba.

La madre extendió la mano para agarrar la mano de su hijo justo cuando la bestia abrió sus enormes fauces y las cerró en la pierna izquierda del niño. Lo que siguió fue un sombrío tira y afloja entre la madre de 100 libras y el caimán de 400 libras. La madre tenía la mano de su hijo y no la soltaba, sino

que tiraba con todas sus fuerzas. ¡De repente, inexplicablemente, la bestia se soltó! Y la madre desesperada arrastró a su hijo fuera del agua y lo llevó a la orilla.

Tres meses después, Michael, le mostró al autor el lugar donde tuvo lugar el ataque. Había pocos signos externos de su roce con la muerte. La cicatriz de su cuero cabelludo estaba ahora cubierta de pelo, y su pierna izquierda, rota por la fuerza de las mandíbulas del caimán, se había curado. Las cicatrices en la pantorrilla y el tobillo estaban cubiertas por calcetines. Sin embargo, con mucho orgullo, Michael mostró a su visitante tres pequeñas cicatrices en el dorso de su mano derecha. Cicatrices, no del caimán, sino de las uñas de su madre. Había sacado sangre cuando lo sacó de las fauces de la muerte.

Su madre lo lastimó con amor; lo hirió para salvarlo.

Eso es amor. Eso es lo que tu Salvador hizo por Raquel. Cada vez que se cuenta esta historia, y se oye hablar de sus cinco maridos, se pueden ver las cicatrices en su mano, causadas por Jesús agarrándola tan fuerte, para sacarla de las fauces de la muerte y llevarla a la luz de su amor. Lo hizo para recuperarla.

Él le dijo a Raquel: "Yo soy el Mesías, el Cristo, el que Dios prometió que vendría y quitaría todo tu pecado y toda tu culpa. Yo haré lo que tú no puedes.

Y Jesús ha hecho lo mismo por ti y por mí. Sí, él nos señala nuestros pecados, y eso puede doler. Pero lo hace porque nos ama ferozmente y no nos deja ir.

Piensa en la madre de Michael. Piensa en el amor que la hizo correr hacia el caimán en lugar de huir de él. El amor de Jesús por ti es aún mayor. Él no solo te sacó de las fauces de la muerte. Él tomó tu lugar allí.

Jesús vino y quitó nuestros pecados de nuestras manos. Él los llevó a la cruz donde murió para pagar por sus pecados y por los míos. Y resucitó de entre los muertos para traernos las aguas vivas de la salvación. Así es como describe su amor y su perdón: como el agua que sacia toda nuestra sed, que nos da lo que nuestras almas tanto anhelan---agua que da vida, vida en abundancia, para siempre.

Raquel fue a ese pozo ese día en busca de agua para sustentar su vida, tal como era. Una vida insatisfecha; una vida sin propósito; una vida sin respuestas ni esperanza.

Encontró algo más. Encontró a Jesús y él le dio agua viva. Dijo: "**Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás. Más bien, el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que fluya para vida eterna.**".

Encontró más de lo que buscaba. Encontró los pecados perdonados; la vida llena de propósito, y la vida eterna, esperándole. Encontró a Cristo.

Sólo hay una cosa que puede saciar nuestras almas sedientas; solo una cosa que nos da paz. Vengan y saquen agua del pozo de la salvación. Vengan y beban de esta agua, porque, amigos míos, nunca más volverán a tener sed. Amén.